

método ó de sistema; eran una reminiscencia de las disensiones escolásticas tan frecuentes en la edad media, y que á pesar de su carácter inofensivo, turbaron aquella buena armonía que debe imperar en los corazones enlazados por una misma fe y por una misma gracia.

Paternal fue el procedimiento de Pro IX evitando con su palabra siempre eficaz, que se rompiera la santa unidad de los sábios católicos de la adicta Bélgica.

La solicitud y amor del Pontífice vióse admirablemente atendida, en un artículo publicado en la *Revista católica de Lovaina*, con ocasion de la carta del Papa, firmado por J. Th. Befflen, profesor de sagrada Escritura y de lenguas orientales; J. B. Lefevre, profesor de teología dogmática; G. G. Ubags y N. J. Laforet, profesores de filosofía; decian aquellos eminentes, entre los distinguidos varones de la *Alma Mater*: «Vemos con gusto terminada una controversia altamente desagradable. Mas, puesto que esta discusion ha aflagido á Pro IX, puesto que ha añadido una tristeza á las tribulaciones de todo género que la divina Providencia, en sus inescrutables juicios, permite amarguen su pontificado, sentimos necesidad de expresar públicamente la pena que nos causa el haber contribuido, tomando parte en tan deplorable controversia, á entristecer el alma del santo Pontífice que hoy gobierna con prudente y firme mano la Iglesia de JESUCRISTO. Ciertamente á haber previsto que tamaña discusion afligiera á nuestro querido Padre Pro IX, inspiráranos el cariño fuerza suficiente para devorar en silencio las graves acusaciones de que era blanco nuestra enseñanza. ¡Ojalá el Jefe venerado de la Iglesia universal sienta lenitivo en su pena al ver el exacto y riguroso cumplimiento de sus órdenes y consejos! Siempre es necesario, mas todavía cuando la autoridad recibe quebranto, y la santa cátedra de Pedro es con violencia atacada, que todos los católicos escuchen con respetuosa y entera sumision la voz de Aquel á quien el divino Fundador de la Iglesia ha constituido juez infalible de la doctrina y soberano regulador de las conciencias.»

Estas palabras tan dignas, tan fervorosas, tan edificantes, atestiguan la admirable influencia de Pro IX sobre los hombres científicos, y la celestial armonía que la fe sostiene entre los escogidos.

## CAPITULO LXIV.

### SOLEMNÍSIMA CANONIZACION DE LOS MÁRTIRES DEL JAPON Y DE SAN MIGUEL DE LOS SANTOS.

EL día 8 de junio de 1862, la capital del mundo cristiano presenció un espectáculo magnífico, con el cual no puede compararse ninguno de los representados en la corte del mas poderoso emperador. La Iglesia, en tiempos verdaderamente calamitosos demostró una vez mas cuán inmenso, cuán imperecedero es el poder que ha recibido de lo alto. Si en el dia memorable á que nos referimos hubiesen levantado la cabeza del sepulcro Lutero, que dió la gran batalla al Catolicismo, Voltaire, que se sonreia maliciosamente, viendo como inevitable la ruina de la Iglesia, Federico II, que con satánico gozo felicitaba á aquel patriarca de la impiedad por lo mucho que habia contribuido á la obra de destruccion, y los demás corifeos de la escuela enciclopédica del pasado siglo, y hubiesen visto al Vicario de JESUCRISTO ya casi abandonado de los poderes de la tierra, reducido en cuanto al poder temporal al estrecho círculo defendido por las tropas francesas, elevarse lleno de majestad, rodeado del Episcopado y de los fieles de todas las naciones prosternados á su presencia, en el momento en que alzando su voz inspirada del Espíritu Santo para decretar el honor de los Santos á los ilustres mártires del Japon y al ilustre Miguel de los Santos; si hubiesen escuchado el estruendo de la artillería del castillo de San Angelo, que acompañaba al ruido de las campanas; si hubiesen presenciado en suma, las iluminaciones y los extraordinarios regocijos públicos con que aquella solemnidad fue celebrada, no hubiesen podido menos de exclamar: *Fuimos unos insensatos; creíamos poder acabar con la Iglesia, á la que tanto perseguimos; y ahora vemos que renueva su juventud*

como el águila, que se presenta á la faz del universo coronada de gloria y de majestad, en tanto que nuestros manchados nombres son objetos de horror para los hombres sensatos. Tan cierto es que no hay ni habrá poder humano capaz de hacer sumergir la misteriosa nave en cuyo timon tiene colocada la mano Pedro, viviente siempre en sus legítimos sucesores. Muchas veces la injusticia y la ambicion de los hombres han atropellado el derecho y la justicia alcanzando un triunfo aparente; pero ¿qué resultado ha tenido esa momentánea victoria? Que la Providencia que vela por la Iglesia, ha convertido en humo los trofeos de los malvados que han venido á servir de pedestal, sobre el cual la justicia y el derecho han aparecido con doble gloria que aquella que pensaron arrebatarle para siempre.

La Iglesia, como institucion divina, se sobrepone á todas las miserias humanas; está á mucha mas altura que cuantas luchas puedan presentársele. Arrecian las tempestades revolucionarias, y el huracan formado por las pasiones políticas hace bambolear y caer los tronos cuyos legítimos poseedores, olvidados de aquellos mismos que á su sombra medraron y se engrandecieron, se ven obligados á comer el pan de la emigracion en tierra extraña, sin que excite siquiera á compasion la majestad caída. No así sucede cuando la tempestad se dirige al trono del Pescador. Mas de una vez, Roma, codiciada por los poderes de la tierra, ha sido invadida por ambiciosos monarcas, y el representante de Dios sobre la tierra háse visto en la necesidad de alejarse de las siete colinas, entre las cuales se hallan custodiadas las mas insignes reliquias de los primitivos tiempos del Cristianismo. Empero ora la prudencia le haya obligado á separarse de los sepulcros de los santos Apóstoles, ora le hayan hecho salir entre bayonetas, nunca ha podido verse en el que ciñe sus sienes con triple corona el abatimiento del fugitivo. Por todas partes han resonado en sus oidos las mas entusiastas aclamaciones; los pueblos se han prosternado á su presencia, ganosos de recibir una bendicion de su sagrada mano, y en todas partes ha sido recibido con las muestras del mayor regocijo. La salida de Pio VII de Roma rodeado de las bayonetas del audaz y afortunado conquistador Bonaparte, es un hecho consignado en la historia que habla al corazon con mas elocuencia que pudiera hacerlo el mas afamado de los oradores.

Hemos narrado las grandes tribulaciones por qué habia tenido que pasar en una série de mas de quince años el bondadoso pontifice Pio IX; le hemos visto devorar con la tranquilidad del justo las mayores amarguras, y á través de las mismas efectuar grandes obras, cualquiera de ellas suficiente para inmortalizar su pontificado. La declaracion dogmática del misterio de la Concepcion Inmaculada de María, llevada á cabo con regocijo del mundo cristiano, fue como uno de estos hechos, en el cual se vió rodeado del Episcopado católico, segun demostramos en su lugar correspondiente al tratar del asunto. Ningun Papa ha visto tantas veces al rededor de su trono mayor número de prelados de todos los países del mundo.

Pio IX que dió al mundo un dia de gloria al proclamar libre de toda mancha en el instante primero de su ser á la Virgen María, preparó otro dia de júbilo anunciando que iba á canonizar á los ilustres mártires que fueron sacrificados en el Japon en odio al nombre sacrosanto de JESUCRISTO, Salvador del linaje humano. El acto de la canonizacion de los bienaventurados siem-

pre ha despertado el mayor entusiasmo y se ha rodeado de grandeza (1). Con este motivo Pio IX convocó por segunda vez al Episcopado, que obediente á

- (1) Hé aquí las canonizaciones solemnes verificadas desde la primera que tuvo lugar en 993.  
 POR JUAN XVI.—San Uldarico, obispo de Ausburgo (993); san Ardon.  
 GREGORIO V.—San Adalberto, obispo de Praga y mártir, (997).  
 JUAN XX.—San Adelardo, abad, (1020).  
 BENITO IX.—San Estéban, rey de Hungría, y san Emerio, su hijo, (1036); san Simeon, noble de Siracusa y monje benedictino, (1042); san Simeon; san Erminio, anacoreta.  
 CLEMENTE II.—Santa Víborada, vírgen, martirizada por los húngaros en 922.  
 LEON IX.—San Gerardo, obispo de Toul, (1050); san Volfany y san Erardo, obispos, (1052); san Urío, monje, y sus compañeros, (1053); santa Felicidad, vírgen; san Geroncio, obispo; san Máximo, obispo.  
 ALEJANDRO II.—San Arialdo, mártir, (1067).  
 GREGORIO VII.—San Juan, abad.  
 VÍCTOR III.—San Alfiero, monje.  
 URBANO II.—San Erlembad, (1096); san Atilano, obispo, (1098); san Munidiano, obispo.  
 PASCUAL II.—San Guiberto, (1099); san Pedro, obispo, (1110); san Ghotardo, obispo; san Oguebert.  
 CALIXTO II.—San Bertoldo, obispo; san Hugo, abad.  
 INOCENCIO II.—San Hugo, obispo de Grenoble, (1134); san Godardo, (1138); san Petronio, obispo; san Justo, obispo; san Sturmo, (1139).  
 CELESTINO II.—San Oton, monje y obispo; san Conrado, obispo.  
 EUGENIO III.—San Enrique I, emperador, (1152).  
 ALEJANDRO III.—San Eduardo, rey de Inglaterra, (1161); santa Elena, vírgen y mártir, y san Bernardo, abad, (1164); san Canuto, rey de Dinamarca, (1168); santo Tomás, obispo y mártir, (1173); san Teobaldo, ermitaño; san Juan de Meda; san Gualdino, obispo; san Davino, y san Guillermo, ermitaño.  
 LUCIO III.—San Bruno, obispo, (1182).  
 CLEMENTE III.—San Oton, obispo, y san Estéban de Muret, (1189); san Rodosindo, obispo.  
 CELESTINO III.—San Pedro, obispo, y san Ladislao, rey de Hungría, (1171); san Malaquías, obispo, y san Eudaldo, obispo, (1172); san Juan Gualberto y san Berwardo, (1193); san Silvano; san Bernardo, obispo.  
 INOCENCIO III.—San Homobono, (1198); santa Cunegunda, emperatriz, (1200); san Volstunio, obispo, (1203); san Procopio, abad, (1124); san Guillermo, duque de Aquitania, (1202); san Gilbeto, (1211).  
 HONORIO III.—San Guillermo, obispo, (1218); san Villedmo, abad, (1224); san Lorenzo, obispo, (1225), san Villedmo, obispo, (1226); san Hugo, monje y obispo, (1227); santa Gertrudis, vírgen.  
 GREGORIO IX.—San Francisco de Asfs, (1228); san Virgilio, obispo, (1230); san Antonio de Pádua, (1232); santo Domingo, (1233); santa Isabel, reina de Hungría, (1235).  
 INOCENCIO IV.—San Guillermo, obispo, (1247); san Edmundo, (1248); san Pedro mártir, (1253); san Estanislao, obispo.  
 ALEJANDRO IV.—Santa Clara, vírgen, (1255); san Columbano, abad, (1267).  
 URBANO IV.—San Ricardo, obispo, (1261).  
 CLEMENTE IV.—Santa Eduvigis, duquesa de Polonia, (1267).  
 GREGORIO X.—San Leon, obispo, (1273); santa Franca.  
 BONIFACIO VIII.—San Luis, rey de Francia, (1297).  
 CLEMENTE V.—San Pedro de Moron, (1313).  
 JUAN XXII.—San Luis, obispo, y santo Tomás, obispo, (1317); santo Tomás de Aquino (1323).  
 CLEMENTE VI.—San Ivon, presbítero, (1347); san Eléazar de Sabran, (1349).  
 URBANO VI.—Santa Catalina, hija de santa Brígida, (1375).  
 BONIFACIO IX.—Santa Brígida, viuda, (1290); san Juan, confesor; san Juan de Bridlinghton.  
 MARTIN V.—San Sebald, ermitaño, (1430); santa Mónica.  
 EUGENIO IV.—San Nicolás de Tolentino, (1446); san Belino, obispo y mártir; san Florentino, obispo.  
 NICOLÁS V.—San Bernardino de Sena, (1450).  
 CALIXTO III.—San Vicente Ferrer, (1455); san Osmundo, obispo; san Edmundo de Inglaterra.  
 Pio II.—Santa Catalina de Sena, (1461).  
 SIXTO IV.—Los santos mártires Bernardo, Pedro, Oton, Acursio y Adjutorio, de la orden de Menores, (1482); san Buenaventura, obispo y doctor; san Alberto, carmelita.  
 INOCENCIO VIII.—San Leopoldo, duque de Austria, (1485).  
 JULIO II.—Los santos mártires Juan, Benito, Mateo, Isaac, Cristino, Atanasio, Lorenzo, Rogumilio y compañeros, de la orden de san Romualdo, (1508).

la voz del Pastor universal de la Iglesia acudió en extraordinario número á la ciudad de Roma.

Vamos á dar detallada cuenta de este hecho, uno de los mas notables del prodigioso pontificado de Pio IX.

San Francisco Javier, apóstol de las Indias, fue el primero que predicó el Evangelio en el Japon por los años 1549 á 1551, habiendo tenido la gloria de convertir á la fe cristiana á una infinidad de infieles. Imitadores de su celo otros Jesuitas deseosos de ocuparse en la fatigosa obra de las misiones para ganar almas al cielo, partieron á aquellos remotos climas en el reinado de Nobunanga, propuestos á cultivar aquel campo en el que Javier habia arrojado la primer simiente.

Con el auxilio de la Providencia, la Iglesia japonesa habia gozado de paz durante treinta y ocho años. En 1587 se contaban seiscientos mil fieles dirigidos por ciento treinta y ocho miembros de la Compañía.

Ocupaba en esta época la silla de san Pedro el sumo pontífice Gregorio XIII. Los reyes del Bungo, Arima y Omura quisieron prestar obediencia al Vicario de JESUCRISTO, y con este objeto despacharon cuatro embajadores, jóvenes príncipes de sangre real, de edad de menos de veinte años, pero adornados con las cualidades de la edad madura.

Aquellos embajadores partieron de Nangaski en un buque portugués el dia 22 de febrero de 1582, y despues de tres años de viaje llegaron Roma.

Jamás la gran capital del mundo habia recibido embajadores de un país tan lejano. Verdad es que el emperador Augusto los habia recibido de las Indias, pero los del Japon venian de un punto mas oriental.

Aquellos enviados fueron recibidos con los mayores honores.

LEON X.—San Bruno, (1514); san Francisco de Paula (1519); san Casimiro, rey de Polonia, (1521); san Leon, obispo.

ADRIANO IV.—San Benon, obispo; san Antonio, arzobispo; san Famiano, confesor; san Famiano de Colonia.

JULIO III.—San Silvestre, monge de santa Basílica, (1553).

SIXTO V.—San Diego, confesor, (1588).

CLEMENTE VIII.—San Jacinto, confesor, (1594); san Raimundo de Peñafort, (1600).

PAULO V.—Santa Francisca, romana, (1608); san Carlos Borromeo, cardenal, (1610).

GREGORIO XV.—En 1622, san Isidro, labrador, san Felipe Neri, san Ignacio de Loyola, san Francisco Javier, santa Teresa.

URBANO VIII.—Santa Isabel, reina de Portugal, (1625); san Andrés Corsino, (1629).

ALEJANDRO III.—Santo Tomás de Villanueva, (1658); san Francisco de Sales, (1665).

CLEMENTE IX.—San Pedro de Alcántara y santa Magdalena de Pazzis, (1669).

CLEMENTE X.—En 1671, san Cayetano Tiene, san Francisco de Borja, san Felipe Benicio, san Luis Beltran, dominicos; santa Rosa de Lima.

ALEJANDRO VIII.—En 1690, san Lorenzo Justiniano, patriarca de Venecia; san Juan de Capistrano, franciscano; san Pascual Bailon; san Juan de San Facundo; san Juan de Dios.

CLEMENTE XI.—En 1712, san Pio V, padre dominico; san Andrés Avelino; san Félix de Cantalicio; santa Catalina de Bolonia.

BENEDICTO XIII.—En 1726, santo Toribio, obispo; Santiago de la Marca; santa Inés de Monte Pulciano; san Pelegrin; san Juan de la Cruz; san Francisco Solano; san Luis Gonzaga; san Estanislao de Kotscha; san Juan Nepomuceno; santa Margarita de Cortona, (1728).

CLEMENTE XII.—En 1737, san Vicente de Paul, san Juan Francisco de Regis, santa Catalina, santa Juliana de Falconieri.

BENEDICTO XIV.—En 1746, san Fidel de Sigmaringa, san Camilo de Lellis, san Pedro Regalado, san José de Leonisa, santa Catalina de Rizzis.

CLEMENTE XIII.—En 1767, san Juan Cancio, san José de Calasanz, san José de Cupertino, san Jerónimo Emiliano, san Serafin, santa Juana Francisca Fremiot.

Pio VII.—En 1807, san Francisco Caracciolo; san Benito, ermitaño; santa Ángela de Merici, fundadora de las Ursulinas; santa Coleta; san Jacinto Mariscotti.

GREGORIO XVI.—En 1839, san Alfonso de Ligorio, obispo; san Francisco de Girolamo, san Juan-José de la Cruz; san Pacifico; santa Verónica de Juliani.

El dia 23 de agosto de 1585 una inmensa cabalgata les escoltó hasta el Vaticano, donde admitidos en un consistorio público, besaron los piés del Santo Padre, y le entregaron las cartas de sus respectivos soberanos. Gregorio XIII mandó leerlas en alta voz y despues abrazó repetidas veces á los cuatro embajadores, los cuales regresaron poco despues al Japon, con grandes regalos y muy satisfechos de la acogida que se les habia dispensado.

Poco tiempo despues de haber tenido este extraordinario consuelo, Gregorio XIII pasó á mejor vida.

Despues de la muerte de Nobunanga, el leñador Faxiba, que habia llegado á ocupar uno de los puestos mas elevados de la milicia, acabó por usurpar el trono. Exterminó á la familia real y se hizo proclamar con el nombre de Taicosama (*el altísimo Señor*).

Durante los primeros años de su reinado se manifestó favorable á los cristianos. Pero el orgullo y los desarreglos de Taicosama, favorecidos por los bonzos en odio al Cristianismo, cambiaron bien pronto aquel dichoso comienzo de su reinado.

Quiso ser reconocido como divino, y los cristianos se negaron resuelta y enérgicamente á darle este título, así como las mujeres cristianas rehusaron el entrar á formar parte de su serrallo. El bonzo Jacuino no cesaba de animar al Emperador contra los sacerdotes cristianos, diciéndole que predicaban el desprecio hácia las divinidades del imperio.

El Japon, bajo el mando del usurpador Taicosama llegó á ser un poderoso imperio.

Un miserable apóstata llamado Faranda, habló al principio de las grandes riquezas de los filipinos, de los débiles recursos de las colonias españolas, y en recompensa de su celo recibió la mision de partir cerca de Gomez Perez de las Marinas, gobernador español, para reclamarle el homenaje de estas islas.

Faranda pidió cartas de recomendacion á los Jesuitas, las que le fueron rehusadas. Entonces se acercaron con la misma pretension á los Franciscanos, ofreciéndoles en nombre de su señor que podrian ir á establecerse en el Japon. El gobernador español acabó por consentir y envió como jefe de las misiones franciscanas al P. Fr. Pedro Bautista Blazquez, el cual acompañado del padre Fr. Bartolomé Ruiz y los hermanos Francisco de San Miguel y Gonzalez García llegaron á Nangaya en el mes de junio de 1593.

El Emperador les permitió predicar libremente el Evangelio y edificar una iglesia, un convento y dos hospicios en Meaco. Estos últimos, el uno era para niños, y el otro para adultos; los cuales se erigieron con los donativos de los que luego fueron san Leon Carasuma y san Pablo Zuzoqui.

En circunstancias tan propicias, tanto los Jesuitas como los Franciscanos, consiguieron aumentar las conversiones en un número considerable.

La mision de Faranda relativa al homenaje se frustró; pero el gobernador por no romper por completo sus relaciones con el Rey le envió como embajador al P. Juan Lobo, el cual fue acogido muy favorablemente por el monarca, el cual, sin embargo, no desistió en sus pretensiones, al menos de su presente, á título de homenaje.

Entretanto, el *san Felipe*, que D. Tello de Guzman habia enviado á Nueva España, naufragó. Mascita, uno de los cuatro principales gobernadores del imperio, habiendo encontrado entre lo que arrojaban al mar el plano de las

posiciones portuguesas, preguntó al piloto cómo su rey había podido adquirir tantos dominios. El piloto contestó que su amo preparaba sus conquistas enviando misioneros á los pueblos que queria someter.

Aquella respuesta tuvo la mas terrible consecuencia para los fieles del Japon. Taicosama, temeroso de perder su trono, dió orden de prender á todos los cristianos, bien que en seguida limitó la orden á los Franciscanos. Seis religiosos (tres sacerdotes, un corista y dos hermanos legos), diez y seis japoneses y un chino de la tercera Orden fueron condenados á perecer en cruz, habiéndose apoderado de ellos el 8 de diciembre de 1596, fiesta de la Inmaculada Concepcion. El celo ambicioso del gobernador de Ozaca hizo añadir tres jesuitas japoneses.

Hé aquí los nombres de los Mártires :

1. *San Pedro Bautista*, comisario, de una noble familia de Castilla, nacido en el pueblo de San Estéban, obispado de Ávila, de edad de cincuenta años: habia sido sucesivamente predicador, profesor de filosofia y de teología y superior de diversos conventos de su orden. Habia sido nombrado por Felipe II, obispo de Nueva Cáceres; pero no habia sido consagrado por hallarse ya en el Japon como jefe de la embajada de Manila cuando llegó su nombramiento. Añadia la ciencia á la santidad; consérvase un manuscrito suyo intitulado: *Consultio moralis et regularis*.

2. *San Martín de Aguirre ó de la Ascencion*, presbítero, nacido en 1567 en Vergara, provincia de Guipúzcoa, de edad de veinte y nueve años. Despues de haber enseñado filosofia en Méjico y de haber ejercido el oficio de lector en Manila, se dirigió al Japon con Pedro Bautista, donde le estaba reservada la corona del martirio.

3. *San Francisco Blanco*, prebitero, natural de Peregro, junto á Monterey, en Galicia, de edad de veinte y ocho años. Habia hecho sus estudios en la universidad de Salamanca, ingresando despues en la Orden franciscana. Estuvo en Méjico, luego pasó á Manila y últimamente al Japon.

4. *San Felipe de Jesús ó de las Casas*, corista, nacido en Méjico de una noble familia española. De edad de veinte y seis años. Cuando solo tenia quince entró en la Orden franciscana de la que salió para dedicarse al comercio y despues de algun tiempo pasado en el desarreglo de las costumbres, volvió á tomar el hábito é hizo su solemne profesion. Á los veinte y seis años de su edad padeció el martirio con igual valor que sus ilustres compañeros.

5. *San Gonzalo García*, lego, nacido en 1557 en Buzuin, en la India, de edad de cuarenta años. No contaba mas que quince cuando abandonó su patria para ir al Japon donde se dedicó al comercio. Mas tarde fue recibido como catequista por los Jesuitas. Despues de ocho ó diez años de apostolado fué á Manila, y en 1517 profesó en la Orden de san Francisco; habiendo vuelto al Japon donde sufrió el martirio.

6. *San Francisco de san Miguel*, nacido en 1544, lego, natural de la Parrilla, junto á Valladolid (Castilla la Vieja). Á los diez y seis años ingresó en la Orden de san Francisco y en seguida fué al Japon. Estaba adornado con el don de milagros, y se tienen por milagrosas las conversiones que hizo en la provincia de Camarines sin conocer la lengua del país.

De estos seis religiosos franciscanos, cinco pertenecian á la católica España y uno á Portugal. Sin embargo, ningun obispo portugués asistió á la canonizacion.

Hé aquí los nombres de los seglares :

7. *San Cosme Lacuxia*, de edad de treinta y ocho años, perteneciente á una de las mas nobles familias de Oaris, pero que habia llegado á la indigencia. Acababa de recibir el bautismo y servir de catequista á los Padres, cuando Dios le llamó al martirio.

8. *San Miguel Casaquei*, de edad de cuarenta y cinco años, el cual trabajó en la construccion del convento de Meaco y permaneció allí con los Padres, los cuales le emplearon en enseñar el catecismo á los niños.

9. *Santo Tomás ó Tomé*, dóxico de los frailes, hijo del santo mártir Miguel, natural de Meaco, de edad de trece á catorce años.

10. *San Leon Carazuma* y su hermano

11. *San Pablo Barique*, el primero de cuarenta y ocho años y el segundo de cincuenta y cuatro. San Leon habia sido bonzo antes de su conversion. Su celo por las obras de caridad y especialmente por la asistencia de los enfermos era admirable. Servia de catequista y de intérprete á los Padres.

12. *San Pablo Susuqui*, natural de Meaco, de edad de cuarenta años. Antes de su conversion, que fue debida al celo de san Leon, tanto él como su familia eran el escándalo de la ciudad. Despues sus mortificaciones y su caridad le prepararon al martirio. Su casa era un asilo de los pobres, de los enfermos y de los niños abandonados. Ayudó á los Franciscanos y obró muchas conversiones, entre ellas las de su madre y hermanos. Se le debieron varios escritos para instruccion de los neófitos y un diccionario japonés; fue catequista é intérprete de los Padres.

13. *San Luis*, niño de once á doce años, dóxico de los frailes, natural de Meaco é hijo de padres idólatras. Confiado á la edad de ocho años al cuidado de san Pablo y de san Leon sus tios, fue convertido por ellos y sirvió de catequista á los Padres. Mientras estaba en la prision un pagano distinguido se obligó á alcanzarle la libertad si apostataba, pero el niño le respondió: «Haceos vos cristiano, que es el único medio de alcanzar la salvacion.»

14. *San Antonio*, niño de doce á trece años, natural de Nangasaki, hijo de un padre chino y de una madre japonesa.

15. *San Matias*, natural de Meaco, cocinero de los Padres, de edad de treinta y ocho años. Habia pedido á Dios el martirio en recompensa de una vida empleada al cuidado de los enfermos y en la práctica de las virtudes.

16. *San Buenaventura*, nacido de padre cristiano y de madre idólatra, la cual le crió en todos sus errores. Á la llegada de los Franciscanos entró en el seno de la Iglesia.

17. *San Joaquín Jacabibir*, cocinero de Belen, de edad de cuarenta y seis años.

18. *San Francisco de Meaco*, médico, en cuya calidad sirvió durante la guerra entre Japon y la Corea. Los heridos cristianos que tuvo ocasion de asistir le instruyeron en la Religion, cuya obra acabó el P. Rivadeneira, y convencido de la verdad pidió y obtuvo el bautismo. Su conversion fue seguida de la de su mujer. Hecho catequista, tradujo al japonés varios libros de piedad y compuso otros para la defensa de la Religion.

19. *San Gabriel de Duisco*. Despues de su bautismo se retiró al convento de los franciscanos con el objeto de rogar á Dios por la conversion de su padre, habiendo tenido el consuelo de verle morir siendo miembro de la tercera Orden. Sufrió el martirio á la edad de diez y ocho años.